

MAUPASSANT ANTIMASÓN

por Yván Pozuelo Andrés

Durante el siglo XIX se han producido los enfrentamientos propagandísticos más virulentos y duraderos entre los partidarios de la Iglesia Católica antimasónica y de los masones mayoritariamente creyentes. Los numerosos panfletos de unos y otros, en libros y en todo tipo de prensa, han sido ampliamente conocidos por los sectores de los estudiados de la época, prelados y burgueses. De estos sectores, pocos serían los que fueran desconocedores de esta situación puesto que los dos bandos conformaban unas amplias redes de sociabilidad que en algunos casos se entrecruzaban. Francia fue uno de los terrenos privilegiados del enfrentamiento ideológico y dialéctico. Tras la postura antimasónica tradicional acechaba toda una concepción política, social y económica de la sociedad que distaba de la que pretendía instaurar las libertades de expresión, de opinión, de investigación, de reunión, con las que los masones, como un sector más de entre tantos, fueron un elemento activo. Así pues, el 12 de agosto de 1882, el periódico parisino *Gil Blas*, publicó el relato *Mi tío sosthene*, firmado por **Maufrigneuse**, sinónimo del escritor francés de *Bola de sebo* y *El horla*, **Guy de Maupassant** (1850-1893). Antes, en 1876, en una de sus cartas dirigidas a su amigo y masón **Catulle Mendés**, antes de ser conocido por su creatividad literaria, rechazó la proposición de iniciarse en la masonería. Esta correspondencia revela que había dicho primero que sí por la cortesía de aquel amigo en ofrecerle una copa. En cambio, más sereno, le escribió para explicarle que no estaba ni listo ni dispuesto a respetar ningún juramento, además *...no quiero estar ligado nunca a ningún partido político, sea cual sea, a ninguna religión, a ninguna secta, a ninguna escuela; jamás entrar en ninguna asociación profesando ciertas doctrinas, no inclinarme ante ningún dogma, ante ningún principio y ningún príncipe, y todo esto únicamente para conservar el derecho a hablar mal. Quiero que me sea permitido atacar a todos los buenos dioses y grupos cerrados, sin que pueda reprochárseme el haber adulado a los unos o estar relacionado con los otros, y tener igualmente el derecho de batirme por todos mis amigos, sea cual sea la bandera que los cubra.*

Tras enunciar unos motivos generales de rechazo a cualquier tipo de organizaciones, siguió con un breve acercamiento a precisar por qué no en la masonería: *No soy todavía lo bastante serio ni estoy lo suficientemente seguro de mi mismo para comprometerme a hacer, sin reírme, una señal masónica a un acólito (por ejemplo a mi camarero) - él lo es, me lo ha dicho - (o incluso a mi Maestro)...*

Se le nota con ganas de entrar en más precisiones, en blasfemar de un modo inocente, pero el aprecio que le dispensaba a Catulle le refrenó. En ese sentido, seis años más tarde, una vez conocido como gran escritor, aunque bajo un seudónimo que le sirvió para esquivar los contratos de exclusividad y cobrar de varios periódicos, se explayó con *Mi tío Sosthene*. Un cuento breve en el que dejó clara su postura antimasónica que sería, en 1884, publicada en una antología de relatos bajo el título de *Las Hermanas Rondoli*. Los estudiosos de la obra y vida de Maupassant no han aportado mucha más información respecto a este cuento. Uno de ellos, **Gérard de Lacaze-Duthiers**, simplemente, da como verosímil que el narrador exprese los pensamientos del autor. Maupassant no desveló el nombre del narrador hasta el final del cuento. Como es sabido, el hecho de relatar en primera persona no confiere la clave para entender que a través de él se exprese el sentir del escritor. En este caso, es la carta a Catulle la que puso sobre la pista. Interesante es que un gran escritor, libre, que se

movía en un liberalismo sin dejar de criticarlo, publique un relato que bien lo podía haber firmado un antimason de corte tradicional si no fuera que en las primeras líneas, el narrador proclamase *yo, que también soy librepensador* para diferenciarse de la antimasonería clerical. Este escrito se publicó años antes que apareciera en la escena panfletaria de gran éxito la superchería de **Leo Taxil**. No fue la única diferencia que la narración de un antimason librepensador tenía con un librepensador masón, lo cuál ya pone al lector frente a dos tipos de librepensadores: *Mi tío y yo diferíamos en casi todas las cuestiones*.

Entre las diferencias destacó la relación de los dos protagonistas acerca del patriotismo. El masón es calificado de patriota mientras que este antimason rechaza esa condición, puntualizando que: *el patriotismo es también una religión. Es el germen de las guerras*.

Tras esta mínima puesta en escena donde se perfila un intercambio de ideas entre los dos personajes del cuento, aborda la relación entre Iglesia y Masonería. El librepensador antimason pone de relieve las similitudes entre ambas entidades, sobre todo en cuanto a beneficencia, preguntándose si *¿vale la pena hacer tantas ceremonias para dar cien sueldos a un pobre diablo?* El narrador alterna constantemente sarcasmo y argumentación. En este lugar del relato puntualiza que en las filas masónicas hubo y hay numerosos católicos, para concluir que los masones son simplemente una competencia a la Iglesia Católica, al igual que dos comerciantes vendiendo el mismo producto con etiquetas diferentes: *¡Contrarios, pero compinches!*

En las conversaciones entre los dos librepensadores es el masón quien cambia siempre de tercio a falta de argumentación. Así pues, tras la relación Iglesia y Masonería, se pasa a la relación entre Masonería y Política, afirmando el *tío Sosthène* que su organización se dedicaba principalmente a luchar contra *el espíritu monárquico*. El sobrino aprovecha para recalcar que la masonería es una máquina electoral *indispensable para todas las ambiciones políticas*. Para zanjar esta relación, el narrador alude a las afiliaciones del príncipe heredero de Alemania, al hermano del zar de Rusia, al rey **Humberto I** de Italia y al **príncipe de Gales**, a lo que el tío contestó que, inconscientemente, estos hermanos actuaban, nada más y nada menos, en contra de la monarquía.

Después de estos renglones, el narrador se divierte en describir las actitudes de su tío junto a un hermano de Obediencia como si fueran dos polichinelas, concluyendo que *antes preferiría ser jesuita*, casi nada para un librepensador. A partir de allí, empieza la gran burla, la gran comedia, un sainete galo antimasonico y, a la vez, anticlerical: *Me reía a solas hasta desternillarme de risa*.

Tras un gran festín y totalmente borracho, el *tío Sosthène* recibió al jesuita de la localidad que le contó que una voz le había llevado hasta su alcoba para intentar salvarle de la muerte. Todo fue una broma del sobrino que le había dicho al jesuita que su tío estaba en las últimas pero que no le dijese que se lo había dicho él. Resultado: el masón radicalmente anticlerical, asombrado de las buenas intenciones del hasta entonces enemigo, confuso, fue capaz de expresar motivos de conciliación hacia el jesuita. En la conclusión, el narrador recalcó que *clerical o francmasón, para mí es lo mismo*.

Este cuento es en toda la obra de Maupassant, el único, que aborda la cuestión francmasónica. Nítida su visión burlesca de los masones. No ofrece ni una sola cualidad exclusiva del Ser masón, calibra la caridad y la beneficencia al mismo nivel que las de procedencia clericales y, sobre todo, puso en evidencia la poca fiabilidad de las convicciones de los hijos de la Viuda. No pudo criticar más en tan poco espacio literario. Maupassant demostró igualmente que entre su carta a **Catulle Mendès** en 1876 y su cuento de 1882, su pensamiento no había cambiado. Ni la decisión, en 1877,

por parte del Gran Oriente de Francia de no obligar a los hermanos a rendir homenaje a Dios, aceptando en sus filas a ateos, le hizo cambiar de idea. No obstante, dejó alguna otra pincelada. Cada vez que Maupassant manejó el referente masónico en uno de sus cuentos lo insertó como añadido negativo.

En *El Golpe de Estado*, publicado en *Claro de Luna* en 1883, describió a un médico, republicano, opositor a la Dictadura de Napoleón III, Venerable Maestro de una Logia de una localidad rural, que en el momento de la proclamación de la III República en septiembre de 1870, quiso coger los mandos de la Alcaldía intentando, sin éxito, emocionar al “pueblo” que, según su ideología, había recobrado por fin la Libertad gracias al retorno de la República. Dibujó a un hombre al que le faltaba el valor suficiente para sacar del Ayuntamiento al viejo alcalde del Imperio. Nadie siguió sus órdenes, ni tan siquiera un Maestro masón a quien había nombrado Lugarteniente.

En otro cuento, titulado *La Señal*, publicado en el periódico *Gil Blas*, el 27 de abril de 1886, recogido más tarde en *Le Horla*, Maupassant hizo un último guiño a la temática. Retrató una conversación entre dos mujeres de la alta sociedad en la que una le cuenta a la otra la emoción de un juego erótico puéril que se le ocurrió al observar a una vecina que ejercía la prostitución. Sorprendida por la curiosidad masculina al pasar por delante de la prostituta sin detectar a priori diferencias entre la vecina y ella, examinó los gestos, descubriendo una señal, discreta, calificada de *mirada de masón*. Al robar esa mirada, esa señal, la aristócrata atrajo a los hombres que pensaron que era una nueva prostituta en el barrio, seducción emocionante para las dos amigas. La utilización de esta alegoría que separa a las mujeres de la alta sociedad de las prostitutas por tan sólo una señal, cuya clave está en una *mirada de masón*, menosprecia tanto a las mujeres de la alta sociedad que Maupassant bien conoció y a los masones cuya señal, simbólicamente aquí, puede descubrir e imitar una mujer superficial.

En otras obras, utilizó la expresión “francmasonería” como sinónimo de asociación de redes fraternales y solidarias. Otros escritores y casi todos los autores mencionados en este estudio emplearon y emplean esta metáfora para designar a una red de amistades interesadas:

Maupassant en *Bola de Sebo*

Se miraban los tres con benevolencia y agrado; aun cuando su calidad era muy distinta, los hermanaba el dinero, porque pertenecían los tres a la francmasonería de los pudientes que hacen sonar el oro al meter las manos en los bolsillos del pantalón.